

La noche
de los adolescentes vivos
Juana (17 años)

¹ Una parte de este capítulo se debatió en la *IV Jornada cpseana* realizada el 3 de agosto de 2013.

Tus hijos

*Tus hijos no son tus hijos,
son hijos e hijas de la vida
deseosa de sí misma.
No vienen de ti, sino a través de ti,
y aunque estén contigo
no te pertenecen.
Puedes darles tu amor,
pero no tus pensamientos,
pues ellos tienen sus propios pensamientos.
Puedes abrigar sus cuerpos,
pero no sus almas,
porque ellas viven en la casa del mañana,
que tú no puedes visitar ni siquiera en sueños.
Puedes esforzarte en ser como ellos,
pero no procures hacerlos semejantes a ti,
porque la vida no retrocede,
ni se detiene en el ayer.
Tú eres el arco del cual tus hijos
son lanzados, como flechas vivas.
Deja que la inclinación del arco
en tu mano de arquero
sea para la felicidad.
Jalil Gibrán ²*

I. Juana

Me consultaron desesperados porque desde hacía un año y medio Juana no quería estudiar más. Había terminado cuarto año a duras penas; ni siquiera lo terminó, porque le quedaron dos materias previas. Pero el quinto casi ni lo empezó. A

² Jalil (o Khalil) Gibrán es un poeta libanés (1883-1931). Este poema pertenece a su libro *El profeta*, publicado en 1923.

los quince días dejó de ir y no hubo forma de que siguiera. Toda presión fue inútil y cuando las cosas llegaron al punto de la violencia física, la familia entera se asustó. Juana se fue a vivir con la madrina y hacía más de una semana que ningún argumento la pudo convencer de que volviera. Para colmo, aunque no tenían pruebas, estaban convencidos de que Juana fumaba porro, porque casi todas las noches se iba a la plaza Salguero y se reunía “con esas malas juntas” hasta cualquier hora. Según ellos, Lucas, el novio, no era un mal chico, pero era demasiado retraído. Con él se la pasaban encerrados en la habitación de su departamento o en la plaza. No se sabía qué era peor. Y si quedaba embarazada iba a ser un desastre, porque Juana recién había cumplido 17 años...

Inés, la mamá, era docente y en ese momento, con muchísimo sacrificio, estaba por recibirse de licenciada en Ciencias de la Educación. No le entraba en la cabeza que una hija suya, inteligente además como era Juana, ¡ni siquiera terminara el secundario! Mario estaba de acuerdo con lo que decía Inés, aunque él llevaba su fábrica adelante sin haber estudiado casi nada. Llegó hasta tercer año y después se puso a trabajar con el tío. Era muy joven cuando se quedó a cargo de todo, y mal no le iba.

Plantearon el problema con angustia, no sabían cómo iban a seguir las cosas, pero pusieron toda su confianza en que yo los ayudaría.

Unos días después, Juana aceptó venir pero solo si la madrina la acompañaba. Casi ni habló. Yo para ella era un representante de los padres que iba a tratar de que volviera con ellos y de que estudiase. Me pareció una buena chica, y la madrina estaba cumpliendo muy bien su papel de contenedora de una situación que se había ido de las manos de la familia.

Cuando me pude hacer una composición de lugar, le dije a Juana que todas las semanas nos íbamos a reunir con sus padres y, posiblemente, su hermana dos años mayor, y que ella estaba invitada a esas reuniones. Si quería venir iba a ser bienvenida. Juana desconfiaba. No sé si llegó a abrigar una mínima esperanza de que yo ayudaría en algo. La madrina parecía bien ubicada. Mostraba comprensión y deseos de colaborar.

Los padres de Juana vinieron aproximadamente un año. La hermana concurre a algunas reuniones puntuales. Fueron apareciendo cosas muy interesantes.

Inés se dio cuenta muy rápido de que sus ansiedades no ayudaban en nada. Para ella el estudio había tenido un significado muy diferente. Su familia estaba en el proceso de salir de la pobreza y alcanzar la clase media. Estudiar fue la herramienta que les había servido de palanca a ella y el hermano para pegar el salto tan deseado por sus padres. Ahora todos están en una posición que los hace sentir sanamente orgullosos. Ella siente aún hoy que tiene que enarbolar la bandera de cómo se llega a ser alguien.

Mario, su marido, la admira y cree que él no sabe nada. Considera que todo lo que la vida le enseñó, y todo el sentido común que le permitió llevar adelante su empresa, es un saber de escaso valor cuando se trata de educación, cultura, convivencia y vida familiar. Le llamó la atención que yo le diera importancia a sus ideas y que lo estimulara a que pusiera sus opiniones a la misma altura que las de su esposa.

Poco a poco, con el tratamiento, se fueron redistribuyendo las cargas: Inés dejó de sentir que el progreso de la familia dependía solo de ella, porque Mario también tenía su modo de contribuir. Por su parte, Mario dejó de sentirse un burro de carga para el trabajo y comenzó a darse cuenta de que su

pequeña fábrica era también un motivo de orgullo para la estima familiar.

En los relatos sobre Juana, aparecieron aspectos que no eran imaginables cuando vinieron angustiados a las primeras entrevistas. Juana no parecía una chica “perdida”. La familia de Lucas, por ejemplo, hablaba muy bien de ella. Él ya estaba estudiando ingeniería y casi nunca salía del departamento en el que vivía, metido en los libros o en la computadora. Para la madre era todo un logro de Juana que Lucas se socializara, se integrara más a la familia y saliera de noche a la plaza del barrio. La plaza era un fumadero, pero para la madre de Lucas, eso no significaba que fuera un rejunte de malas compañías.

Juana no vino nunca a ninguna de las sesiones “familiares”. Dos meses después de comenzado el tratamiento, un domingo, fue con su madrina a almorzar a la casa de sus padres. La tensión se fue aflojando y quince días después comenzó a ir regularmente al almuerzo de los domingos.

Habían transcurrido cuatro meses de tratamiento cuando la empleada administrativa de la fábrica de Mario pidió licencia por maternidad. Y Juana empezó a trabajar en la administración con el sueldo de una empleada común. Volvió a vivir con sus padres con el argumento de poder ir a trabajar en el auto, junto con su papá. Le costaba un Perú levantarse, pero no faltaba nunca, sobre todo porque justo había comenzado la temporada alta de la actividad.

Por lo demás, las cosas siguieron igual. Juana no iba al colegio, los sábados y domingos y muchas noches seguía encerrándose con el novio y yendo a la plaza con los amigos de siempre.

En el verano buscó que sus vacaciones coincidieran con un recital del Indio Solari, y con Lucas hicieron un viaje de

ochocientos kilómetros a dedo para ir. Mario miraba el asunto con recelo. Inés se acordó de un viaje que ella había hecho en su adolescencia con dos amigas. El contexto era diferente, pero se acordó de lo nervioso que se había puesto su padre porque no entendía cómo tres chicas podían irse de ese modo, con todos los peligros que él veía en ese tiempo.

Cuando recomenzaron las clases, ni se habló en la familia de los estudios de Juana. Los temas de las sesiones se ampliaron a otras cuestiones. Inés comenzó una terapia individual con un colega que le sugerí. Y como todo estaba en paz, el tratamiento de familia se dio por finalizado.

Seguí en cierto modo en contacto con ellos porque Inés comenzó un curso para docentes con una psicóloga de nuestro equipo. Supe que un año después, Juana, *motu proprio*, había comenzado su quinto año del secundario. Le iba bien y tenía intenciones de seguir administración de empresas... Continuaba con Lucas y, cuando se le preguntó por qué había vuelto a estudiar, argumentó que no se imaginaba siendo empleada y con un marido ingeniero.

* * *

Lo que pasó con Juana y su familia es una situación más que frecuente en nuestros días. A la distancia, vemos que no pasaba nada grave, pero pudo haber sido grave si se insistía con la presión familiar y se llegaba en los hechos a la violencia.

Como dije, a Juana la vi una sola vez y en esa entrevista casi no habló. Puedo decir muy poco acerca de lo que le pasaba. Los cambios que se produjeron en los vínculos familiares no parecen demasiado llamativos: los padres dejaron de presionar y tuvieron más confianza en el futuro que Juana construiría para sí misma —o, a lo mejor, solo resignación—.

Pero detrás de esos cambios me parece que hay otro, más significativo: el que ocurrió en la relación entre Inés y Mario. Inés comenzó a valorar más a su marido; él no había estudiado, pero sabía bastante de la vida y sus criterios eran respetables. Mario fue sintiendo que en su familia era tan importante y tan capaz como en su fábrica y que sus opiniones no eran las de un bruto, sino las de un hombre con cierta experiencia de vida.

Tal vez –y solo tal vez– la rebeldía de Juana, aunque ella misma no se diera cuenta, era también un modo de protestar contra la madre, que valoraba el estudio y despreciaba al marido al que decía amar. Creo que algo debe de haber influido en los cambios de Juana para que en su familia los valores se reacomodaran.

Traigo esta historia, sin duda muy acotada, solo a modo de introducción para hablar de otra mucho más amplia y pre-ocupante: la historia de desencuentros y malentendidos que abundan en las relaciones entre padres e hijos adolescentes, y más generalmente, entre los jóvenes que llenan las noches de las ciudades y los adultos que quedamos afuera de su convulsionado mundo.

2. Según pasan los años: fuimos la flecha, somos el arco

Cuando me recibí de psicólogo y comencé a atender pacientes, me compré un modesto póster con la poesía del epígrafe y lo utilicé como decoración de mi primer consultorio, es decir, el primero que no compartía con nadie, de modo que podía adornarlo a mi gusto.

Las vivencias que hoy evoco en relación con esta poesía

me hacen pensar que en aquella época, aunque ya estaba casado y tenía dos hijos, yo me sentía más hijo que padre, porque me solidarizaba con las recomendaciones de Jalil Gibrán y sentía que esos versos me defendían a mí.

Han pasado muchos años, casi cuarenta, y en teoría siempre me gustó la poesía de Gibrán, pero debo reconocer que, en tanto padre, maestro, etc. —o sea, desde la función de dirigente o de figura de autoridad— no sé si puedo sentirme orgulloso por haber hecho verdaderamente carne en mí las ideas que defendía cuando el “hijo” era yo.

Desde hace un tiempo, sin embargo, he ido adoptando una actitud que me parece más acorde con los consejos de Gibrán. A mediados de 2003 conocí en las reuniones de Psicoanálisis Multifamiliar la forma de trabajar de García Badaracco y comencé a considerar en mayor medida los vínculos familiares y el contexto social como marco condicionante del desarrollo personal de cada uno. Si bien desde antes yo tenía en cuenta lo vincular, mi impresión es que examinar las interdependencias recíprocas fue un giro radical en mi modo de ver las situaciones clínicas.

Después de ese giro, muchos fenómenos se me fueron presentando paulatinamente bajo otra luz; uno de ellos fue el tema de los adolescentes.

3. “No procures hacerlos semejantes a ti”

Todo psicoanalista sabe, desde el primer día, que los síntomas esconden un mensaje latente que es imprescindible atender. Sin embargo y al mismo tiempo, tiene que repetirse constantemente este principio fundamental, porque en más de una ocasión puede encontrarse con que reacciona de un modo no muy acorde con esa regla.

Si siempre tuviéramos presente que detrás de todo síntoma hay un mensaje, no nos habríamos sorprendido al ver trabajar a Jorge García Badaracco. Efectivamente, los que pudimos verlo atendiendo pacientes psicóticos en las reuniones de Psicoanálisis Multifamiliar nos sorprendimos observando... *lo que ya sabíamos.*

García Badaracco consideraba que los dichos y las actitudes más disparatadas de los pacientes debían ser escuchados por las verdades que escondían, incluso aunque no fuéramos capaces de entender qué nos querían decir. Y en esto era consecuente con las enseñanzas freudianas.

Desde que vi esta actitud en él, me ocupé mucho de adoptarla en mi práctica y de enseñarla con insistencia. Nuestro primer deber con el paciente no puede ser otro que respetar su síntoma.

Poco a poco se me fue haciendo claro que esa manera de mirar los síntomas es fecunda también para observar ciertos fenómenos sociales, como el comportamiento de los adolescentes. Si con una adecuada actitud psicoanalítica somos capaces de respetar el síntoma de un loco que rompe todo en una casa –buscamos comprender la escena, identificamos los factores desencadenantes y los incluimos en una historia de interdependencias enloquecedoras, etc.–, ¿cómo es que no contextuamos las conductas de los adolescentes? ¿Por qué no incluimos sus modos de vivir en una cadena de significaciones que nos lleve a comprender el sentido de lo que parece sin sentido?

Tal vez la respuesta sea sencillamente que nosotros somos “la familia” de los adolescentes actuales y, por lo tanto, corresponsables de lo que les pasa.

Sin embargo, si bien no es habitual que un miembro de la familia enferma se ponga a analizar lo que ocurre en ella, en el caso de la sociedad actual de la cual formamos parte no nos queda otra posibilidad que tomar distancia un momento para observar lo que, como “familia”, nos está ocurriendo.

4. “Ellos tienen sus propios pensamientos”

Este es el noveno año que coordinamos en CPSEA un grupo de Psicoanálisis Multifamiliar. Como ya contamos en otro libro,³ durante los primeros años la tarea estaba centrada sobre todo en la atención de familias en las que alguno de los hijos padecía una discapacidad intelectual. Pudimos entonces observar y documentar lo que llamamos “interdependencias atontantes”. Vimos que si bien los chicos tenían discapacidades comprobables, el contexto familiar las favorecía. Para decirlo con palabras que hoy van a resultar muy útiles, en esas reuniones veíamos que los padres *no los dejaban pensar*; pensaban por ellos, antes que ellos y, “por supuesto”, mejor que ellos. Sentían que actuando así los protegían, evitaban que cayeran en engaños y peligros... etc., etc.

Después de cinco años ininterrumpidos de trabajo, una colega cocoordinadora no pudo continuar con la tarea y al comienzo del sexto año lectivo dejó sus funciones. Unos cuantos meses después, en las vacaciones de ese fin de año, asistió de visita a un par de reuniones. El grupo había continuado, con la imperceptible pero efectiva rotación de los pacientes. Y hacia el final del sexto año casi no quedaba ninguna de las

³ Domingo Boari y Olga Inés Pon, *En los límites de lo posible. La experiencia de ayudar a familias que sufren*, Ediciones Biebel, Buenos Aires, 2ª edición, 2013.

familias originarias con hijos discapacitados intelectuales. Había, en cambio, un par de familias con hijos púberes o adolescentes. Los padres concurrían preocupados por las conductas inmaduras o irresponsables de sus hijos.

La cuestión es que la colega que nos visitó, en los ateneos posteriores a esas reuniones, hizo una observación interesantísima, que a nosotros, los que habíamos continuado sin interrupciones, se nos había pasado inadvertida: los padres de los adolescentes “normales” no tenían una conducta muy diferente a la de los padres de los discapacitados intelectuales. Ellos también se anticipaban al pensamiento de sus hijos, no los dejaban pensar, querían pensar por ellos, antes que ellos y mejor que ellos.

Después, en conversaciones personales, volví a dialogar con la colega sobre su observación, y fue entonces cuando me propuse escribir este trabajo y ponerle este nombre: me pareció comprender que los adolescentes se alejan de nosotros, buscan *la noche*, cuando los adultos nos vamos a dormir. Al menos los que están vivos y... los que *son* vivos, buscan un tiempo en el que el mundo sea de ellos, en el que puedan hacer, pensar, y tratar de ser ellos mismos...

5. “Sus almas viven en la casa del mañana”

No quisiera que se malentienda lo que estoy queriendo transmitir. Cuando un psicótico, en un arranque de furia, rompe todo, no está solucionando un grave problema familiar. No estoy diciendo que el mundo nocturno de los adolescentes – con todo el alcohol, la droga, el sexo y la violencia que consumen– sea la construcción de un mundo mejor. Quiero decir que en la vida nocturna de los adolescentes (que puede incluso ser parte de un síntoma grave) debe de haber una gran

verdad que no entendemos y que es mejor que nos hagamos una serie de preguntas para penetrar en ese universo del mañana cuyos misterios se nos escapan.

6. “Aunque estén contigo no te pertenecen”

No soy sociólogo. Y, como psicoanalista, no me he especializado en la adolescencia. No pretendo que estas páginas brinden un enfoque completo sobre un problema tan complejo como el de los jóvenes de hoy. Solo quiero ofrecer algunas observaciones clínicas que provienen de haber atendido muchas familias en estos últimos diez años.

El breve relato que introduce este escrito muestra que los adolescentes crecen y se desarrollan *gracias a lo que nosotros hacemos* por ellos, pero también que crecen y se desarrollan *a pesar de lo que nosotros hacemos* en el intento de ocuparnos de ellos y ayudarlos. Sin duda, muchas veces, en nuestro afán de ayudar, perturbamos.

7. “La vida no retrocede ni se detiene en el ayer”

Lo que sigue surge de extrapolar lo que he observado en numerosas familias a lo que sucede en la sociedad.

Son reflexiones sobre dos puntos: 1) el miedo y la inseguridad vital y 2) la cuestión de los valores. Los tomo para ejemplificar cómo es posible repensar la relación entre los adultos y los adolescentes de hoy.

García Badaracco⁴ decía que los adolescentes toman ac-

⁴ Jorge García Badaracco, “Sobre la adolescencia” (2008a), trabajo inédito.

titudes “asustantes” hacia sus padres, y tratan de asustar a las personas por las que ellos mismos se sienten perseguidos. Y agregaba que los padres efectivamente se asustan ante algunas conductas de sus hijos porque no están preparados para comprender que esas reacciones de sus hijos son producto de la desesperación en la que estos se sienten sumidos.

Sin lugar a dudas, los adolescentes tienen miedo porque no saben qué va a ser de ellos. Se sienten muy inseguros y no pueden confiar en que con sus capacidades van a llegar a ser alguien en la vida. El mundo en que les toca vivir tampoco les ofrece un ámbito de seguridad.

A mi entender, la cuestión es que los adultos también nos sentimos inseguros de lo que va a suceder con ellos, con el mundo, con nosotros mismos. Pero en una parte de su ser, los adolescentes creen que nosotros sí estamos seguros, que “sabemos todo” y que somos capaces de enfrentar cualquier dificultad. Y cuando “les bajamos línea”, contribuimos a que ellos piensen que sabemos, que podemos, etc. Así favorecemos que se sientan lejos, solos y enojados y, sobre todo, más inseguros.

Si tan solo le dijéramos que nosotros también tenemos miedo... Si les dijéramos que nosotros tampoco estamos seguros de cómo hay que hacer las cosas y hacia dónde hay que ir. Si pudiéramos mostrarles que, frente a las enormes complejidades de la vida, y a pesar de nuestra experiencia, en determinado momento se nos hace necesario repensar muchas cosas... ellos no nos tratarían como sus enemigos.

Tomemos el caso de los valores, que tanto nos suelen preocupar. Nos angustia no saber cuáles son los valores —“si es que tienen alguno”— que guían a los adolescentes tirados en la plaza o que “yiran” excitados por las noches. Es habitual

que recordemos otros tiempos en los que nuestros ideales nos impulsaban con fuerza hacia sueños que sentíamos valiosos.

También en este aspecto sería muy útil que nos sinceráramos y pudiéramos transmitirles que, más allá de algunas generalidades abstractas, como la libertad, la justicia o la verdad, nosotros no siempre somos coherentes con los valores que defendemos y que a veces ni siquiera nos damos cuenta de las incongruencias.

Volvamos a la historia de Juana. Si le hubiéramos preguntado a Inés, la mamá de Juana, seguramente habría dicho que el amor y el respeto son más importantes que el estudio y un título. Sin embargo, ella, sin darse cuenta, valoraba más el estudio que el respeto y la consideración por su marido, al que decía amar. Y tal vez la rebeldía de Juana, sin saberlo del todo, denunciaba esa incoherencia. Al menos así parece, porque cuando esa incoherencia cesó, Juana dejó de ser la rebelde de antes.

¿No es posible pensar que a nivel social pasa algo semejante? Yo soy de los que creen que los adolescentes de hoy no están perdidos. Pienso que sobreviven en las noches, tratando de vivir y tal vez de pensar sin que los perturbemos. A lo mejor no aceptan nuestros valores porque ellos los ven sostenidos sólo por nuestras palabras y desmentidos por nuestros actos.

Seguramente no todos los adolescentes que se apropian de las noches son lúcidos y, por desgracia, muchos, muchísimos, se pierden para siempre en el intento de encontrar su camino. Pero, ¿acaso todos los adultos somos lúcidos y andamos alegremente por los caminos elegidos?

No estoy diciendo que cualquier método de búsqueda sea igualmente bueno, ni estoy sugiriendo que tenemos que usar los modos de los adolescentes. Solo estoy diciendo que si pudiéramos reconocernos y mostrarnos en nuestras fragilidades e incertidumbres, seríamos más comprensivos y hasta solidarios con la desorientación de ellos. No estaríamos en la vereda de enfrente. Estaríamos con ellos en un mismo barco, con funciones diferentes, navegando mares agitados. Ellos no nos verían como enemigos y nosotros mismos nos sentiríamos menos solos.